

Algunas reflexiones sobre la filosofía en Hispanoamérica

La filosofía es flor tardía; supone una meditación de índole crítica y metódica que sólo es posible cuando la civilización ha alcanzado un alto grado de madurez. Otras manifestaciones elevadas de la cultura, por los impulsos espontáneos que obran en ellas o por los intereses inmediatos a cuyo servicio se hallan, aparecen primero y se fortifican bien pronto en su ejercicio: así la poesía y las artes, y también las organizaciones y regulaciones sociales y estatales. La función expresiva y representativa es don primigenio de la humanidad, y las necesidades de la convivencia suscitan desde bien temprano instituciones y normas. En cambio, las tentativas para lograr ideas claras y ciertas sobre las cosas, sobre el universo y la vida, sólo sobrevienen mucho más tarde y quedan de ordinario recluidas en las zonas más cultas del ámbito social. Sólo en los últimos tiempos la filosofía adquiere carta de naturaleza en nuestra América; esto es, deja de ser una pura obligación formal y académica, o la solitaria preocupación veraz de unos pocos, y se convierte en una dimensión normal de la vida intelectual. Desde cierto punto de vista, todas las formas de la cultura son maneras de colonización de la naturaleza por el hombre. La naturaleza en Iberoamérica —la naturaleza en sentido corriente y lo que en el hombre es naturaleza o "naturalidad"— ha sido colonizada primero por la técnica, por la estructuración política, por la educación, por la idealización y transfiguración estéticas, por la indagación e interpretación his-

tóricas; con todo esto se promovía la conciencia de esa realidad y se la espiritualizaba. Eran, sin duda, las empresas de mayor urgencia. Más tarde llegó la hora de aquellas tareas que exigen una gran intensidad del pensamiento reflexivo, como la ciencia y la filosofía.

La tardanza de la aparición de la filosofía no debe sorprender a nadie. En primer lugar, siempre hubo filosofía, desde la Colonia, pero regularmente con un tono escolar, sin modernidad ni vigor; en segundo término, hubiera sido perjudicial y hasta inconcebible que se dedicaran a estos empeños las fuerzas que, en el período de constitución de nuestros países, eran indispensables para necesidades perentorias de la comunidad, para sentar en ella las bases de la vida civil. Por otra parte, los que denuncian a veces el precario desarrollo de nuestros estudios filosóficos, suelen olvidar que únicamente muy contados países del orbe han contado con una actividad filosófica enérgica, prolongada y consistente. Si no nos ciega una pueril vanidad y arrojamos sobre el mapa filosófico universal una mirada comprensiva que lo abarque, advertiremos que no ocupamos los últimos puestos y hasta podemos sentirnos halagados, siempre que hagamos el cómputo puntual de nuestros logros, sin duda modestos, y de las circunstancias, con frecuencia no muy estimulantes y hasta hostiles.

Hay una condición favorable al arraigo y desarrollo de la filosofía en Iberoamérica: la manera especial de nacer y constituirse estas nacionalidades, a plena luz de conciencia, en un proceso acelerado en el cual la inteligencia ha estado de continuo presente. Nótese la gran diferencia con las nacionalidades de los otros sectores del Planeta, nacidas y diferenciadas a lo largo de inmemoriales y oscuros procesos históricos, de un modo que podríamos llamar inconsciente y vegetativo. Desde la preparación de la Independencia, las ideas han desempeñado un papel considerable en nuestra historia, y no un papel lateral sino central, asumiendo el carácter de una potente fuerza histórica. La Independencia significó dos cosas: la liberación política y el designio de levantar rápidamente estos países a niveles muy superiores a los de la existencia colonial. Tanto el empuje independizador como los subsiguientes afanes para la aceleración del ritmo social, debieron mucho a las ideas filosóficas, a las de la Ilustración primero y a las del Positivismo después; cualquier crítica que formulemos a estos movimientos ideológicos, para ser justa, debe admitir de antemano el hecho de que constituyeron poderosos alicientes para la autonomía y modernización de nuestros países cuya situación actual sería incomprensible sin ellos.

Este origen, acertadamente denominado "arquitectural" por Carlos

Alberto Erro, de nuestros países, hace consustancial con ellos el ingrediente ideológico, lo pone en sus cimientos y proporciona a nuestra gente un sentido originario para la dilucidación filosófica. Pero también ha configurado durante algún tiempo una situación adversa para la especialización filosófica y aun para cualquier estricta especialización teórica. Porque, mientras en otras partes la vida social y política seguía un curso prefijado y como espontáneo, aquí, según se indicó, se edificaba de acuerdo a diseño, con determinación de fines y selección de medios, y las mentes más preclaras no podían consagrarse de lleno a sus particulares vocaciones intelectuales, sino que debían contribuir a la faena arquitectural, o, mejor dicho, la sentían como su primera e ineludible obligación. Pasadas las urgencias constructivas, cuando algunos de los hombres de gran inteligencia y sentido del deber pudieron desentenderse de la inmediata intervención en los trajines de la vida pública, siguieron desempeñando una múltiple actividad como los educadores de sus pueblos, como los patriarcas de una cultura naciente, función que no les permitía restringirse a una ocupación única; en ese magisterio debía ocupar su sitio lo que es inseparable de cualquier alto adoctrinamiento espiritual, sobre todo en países jóvenes: la incitación ética, la promoción, con el necesario formulismo del precepto y la vital animación del ejemplo, de una vida más elevada y pura, como conviene a la dignidad del hombre y a la estabilidad y dicha de las naciones. Si, para no recordar sino pocos nombres, pensamos en tres notables filósofos latinoamericanos muy distantes entre sí geográficamente, el cubano Varona, el uruguayo Vaz Ferreira y el peruano Deustua, poco trabajo nos costará descubrir que, dadas nuestras circunstancias, les debemos algo mucho más considerable y efectivo, para sus países respectivos y para toda Hispanoamérica, que una aportación intelectual abstracta y sin conexión con su contorno. Los tres han sido maestros de pensamiento y de vida, grandes fuerzas renovadoras en permanente acción. Mucho tardará antes de que les retribuyamos la deuda que tenemos contraída con ellos y con otros de su misma línea, los que yo he llamado en más de una ocasión, al tratar de nuestra incipiente filosofía, "Los fundadores". Con su obra y su vida —dos caras de la misma cosa en estos varones de excepción— han realizado esto que es acaso lo más grande que pueden hacer los hombres: fundar. La fundación no es la mera creación excelente, sino mucho más; es la creación que no sólo vale por ella misma, sino que además, por especial virtud y fecundidad, se convierte en origen y norma de otras muchas creaciones, que las estimula y las orienta. No debe entenderse esto en el limitado sentido de una fundación de escuelas o sectas, de grupos más o menos estrechos de

adherentes o secuaces que prolongan la enseñanza de un maestro en postura discipular; esto tiene sin duda sus ventajas y hasta es indispensable para extraer todos los frutos de cualquier aportación magistral, cuyas posibilidades suelen ser muy ricas y de ordinario sobrepasan la capacidad de realización del hombre que la encarna; pero me refiero ahora a otra cosa. Lo que tengo en vista al calificar de fundadores a ciertos pensadores nuestros, es la fundación de una tradición y no de una escuela. En la escuela caben pocos, sólo los que aceptan los principales esquemas teóricos del maestro; a la tradición se acogen muchos, todos los que reconocen la validez de su estilo general de pensamiento y de vida. Mientras que el influjo de la escuela suele restringirse a su recinto propio, la tradición irradia, se difunde, opera en formas y grados muy distintos y se convierte en factor social, aprovechado hasta por quienes ignoran el foco del cual partió el primer impulso. Nuestra filosofía tiene una de sus más seguras garantías de autenticidad, afianzamiento y progreso futuro, en la indudable existencia de una tradición, originada en el haz de excelsos varones que he denominado "los fundadores".

Los inconvenientes para la regularidad del trabajo filosófico son todavía muchos en nuestros países, y han sido destacados repetidas veces. Irán atenuándose con el tiempo, con el mejoramiento de nuestros usos universitarios y con el crecimiento del interés común por estos asuntos. Y así será menos ardua y más fructífera la labor de quienes en nuestros días se aplican a estos estudios, a la zaga de los iniciadores insignes. Entre los motivos que justifican dichas previsiones, el primero es la vocación y el fervor de las nuevas promociones filosóficas, y el segundo su voluntad de intercambio y comunicación que, al establecer vínculos intelectuales y personales, va preparando la integración de los esfuerzos en una filosofía de amplitud iberoamericana, algunos de cuyos rasgos específicos son ya perceptibles.

Martínez, (Buenos Aires), abril de 1955.